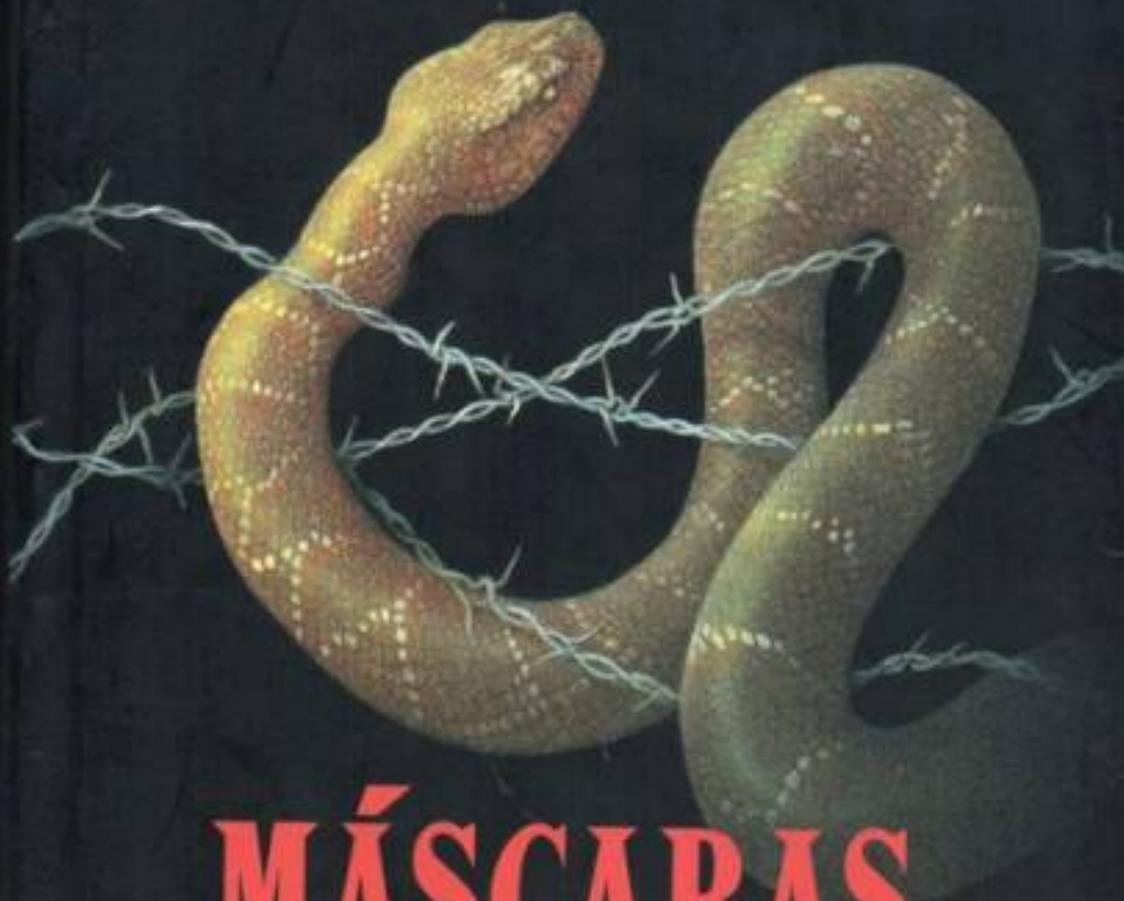


**MARIUS
GABRIEL**



**MÁSCARAS
DEL TIEMPO**

CÍRCULO DE LECTORES

Annotation

Un nacimiento en trágicas circunstancias en Italia, poco antes del final de la Segunda Guerra Mundial; la desesperada salida de un campo de concentración en Letonia de un soldado norteamericano, seguida de su reclusión indefinida en un gulag ruso; la seducción de que es objeto una rica joven inglesa por parte de un apuesto soldado...

Éstas son sólo algunas de las piezas del rompecabezas que Kate Kelly, más de cuarenta años después, intenta recomponer para averiguar la verdad sobre su origen y conocer la terrible historia vivida por sus padres. Para ello Kate se lanza a una obsesiva búsqueda que la lleva a internarse en los más reservados secretos del KGB y que la absorberá hasta el punto de ignorar el grave peligro que corre: una oscura organización de tendencia neonazi ha enviado a un joven desequilibrado para que acabe con su vida. Tras el salvaje ataque de que es objeto, que la sume en un coma profundo del que los médicos aseguran que no logrará salir, su hija Anna será quien prosiga la investigación iniciada.

Contará para ello con la ayuda de Philip Westward, un misterioso personaje que también trata de esclarecer su inquietante pasado. Pero las amenazas que se ciernen sobre ella son tan grandes como los males sufridos por su madre, y aún más crueles.

MARIUS GABRIEL

Máscaras del tiempo

Traducción de Daniel Zadunaisky

Emecé Editores

Sinopsis

Un nacimiento en trágicas circunstancias en Italia, poco antes del final de la Segunda Guerra Mundial; la desesperada salida de un campo de concentración en Letonia de un soldado norteamericano, seguida de su reclusión indefinida en un gulag ruso; la seducción de que es objeto una rica joven inglesa por parte de un apuesto soldado...

Éstas son sólo algunas de las piezas del rompecabezas que Kate Kelly, más de cuarenta años después, intenta recomponer para averiguar la verdad sobre su origen y conocer la terrible historia vivida por sus padres. Para ello Kate se lanza a una obsesiva búsqueda que la lleva a internarse en los más reservados secretos del KGB y que la absorberá hasta el punto de ignorar el grave peligro que corre: una oscura organización de tendencia neonazi ha enviado a un joven desequilibrado para que acabe con su vida. Tras el salvaje ataque de que es objeto, que la sume en un coma profundo del que los médicos aseguran que no logrará salir, su hija Anna será quien prosiga la investigación iniciada.

Contará para ello con la ayuda de Philip Westward, un misterioso personaje que también trata de esclarecer su inquietante pasado. Pero las amenazas que se ciernen sobre ella son tan grandes como los males sufridos por su madre, y aún más crueles.

Título Original: *The Mask of Time*

Traductor: Zadunaisky, Daniel

Autor: Gabriel, Marius

Editorial: Emecé Editores

ISBN: 9788422660118

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: Silicon, 17/01/2019

Marius Gabriel

Máscaras del tiempo

TÍTULO de la edición original: *The Mask of Time*

Traducción del inglés: Daniel Zadunaisky,

© 1993 by Marius Gabriel

© Emecé Editores, 1995

Depósito legal: B. 17137-1997

ISBN 84-226-6011-3 N.º 35781

Para Linda y Theodore

Despojaron a José de la abigarrada túnica que vestía
y lo arrojaron a un pozo.

Génesis 37:23, 24

Una vez mis doy las gracias a Elizabeth Murray
por su inapreciable ayuda; también a Gene Young
y a Kate Parkin; a Vivienne Schuster
y a Jane Gelfman; a mis queridos padres;
y, sobre todo, a Linda.

PRÓLOGO

Nacimientos, defunciones, bodas

1945

Italia

El parto había empezado la noche anterior. Al anoche-
cer del segundo día la joven estaba ya agotada y débil. Ha-
bía sido muy guapa, de vivaces ojos castaños y pelo negro.
Pero sólo le quedaban vestigios de aquella belleza. El pelo
se le adhería a la cara demacrada. Sus ojos estaban hundi-
dos en las órbitas y tenía los labios agrietados. Cuando las
contracciones convulsionaban su cuerpo hinchado, un que-
jido áspero le salía de la garganta; estaba tan débil que no
podía gritar.

La comadrona le humedeció la cara con suavidad.

—Descansa, Candida —dijo—. Descansa un poco.

La mirada de Candida era turbia.

—No... no quiere salir —susurró.

—Claro que sí. Tiene que salir, ¿no? Ten paciencia.

Descansa hasta que vuelvan las contracciones.

—Bebe, cara.

Al otro lado de la cama, la madre de Candida acercó la
copa a los labios de su hija. Candida intentó tragar, pero
sólo consiguió humedecerse los labios. Cerró los ojos, su
cabeza cayó exánime sobre la almohada.

Le habían instalado la cama en la «mejor» sala de la
vieja granja, que sólo se usaba en las grandes ocasiones:
nacimientos, muertes o bodas. Claro que aquél no era un
gran nacimiento. Lo envolvía un aire de desolación. No ha-
bía nadie en la casa, tan sólo las dos mujeres junto a la ca-
ma y Teo, el hermano de Candida. Acurrucado junto a la

chimenea en un cuarto trasero, se estremecía con cada alarido. Nadie más se había acercado.

La comadrona miró a la madre de Candida y le indicó con un gesto que saliera. En el pasillo las dos mujeres hablaron en susurros.

—Le falta dilatación. No sé por qué. Tal vez tenga las caderas demasiado estrechas.

—¿Dónde está el desgraciado del médico?

—Ya viene, Rosa. Llegará enseguida —le cogió el brazo—. Ya no oigo el corazón del bebé. Creo que está muerto.

—Sería una bendición para todos —el rostro surcado de arrugas de Rosa Cipriani reflejaba una fuerza adusta. Bruscamente crispada de furia, añadió con amargura—: Es un niño maldecido por Dios.

—No digas eso —susurró la comadrona.

—Nos ha maldecido a todos. Y a ellos ya los mandó al infierno —dijo Rosa, entre dientes.

Se escuchó un gemido débil que enseguida se convirtió en un alarido ronco. Las mujeres se precipitaron a la sala. Candida se había incorporado un poco y se apoyaba sobre los codos. Las contracciones sacudían su cuerpo. Echó la cabeza atrás y mostró las venas y tendones del cuello en alto relieve.

—Dios mío —jadeó—. Dios mío, ayúdame. Ayúdame.

Por fin llegó el médico, que entró por la puerta trasera. Era un hombrecillo regordete de calvicie incipiente. Se sacudió con fastidio el barro de las botas, la espalda encorvada. Teo apartó las manos de la cara y por un instante miró al médico a los ojos.

—Esta vez sacaremos al pequeño bastardo —dijo con voz resuelta.

Era la tercera vez que lo llamaban de la granja. Detestaba subir por aquella ladera fangosa. Entró en la sala y cerró la puerta con violencia.

Teo fijó la mirada en el crucifijo colgado sobre la estufa. Había llegado el Apocalipsis. En los últimos meses de la guerra que acababa de terminar se habían destruido ciudades inmensas, tierras populosas habían quedado bañadas en sangre, el horror se había multiplicado por mil. En medio de tanta devastación y muerte, la vida de un gorrión no parecía tener la menor importancia. Y no obstante, le agobiaba.

—¿No tienes bastante? —susurró al crucifijo—. ¿También la quieres a ella?

Se estremeció al oír los gritos. Aquellos alaridos terribles que trascendían el agotamiento y la debilidad le desgarraban como cuchillos.

La puerta de la sala se abrió con violencia y la comadrona se precipitó a la cocina, la cara crispada. Se envolvió las manos con trapos y levantó la caldera de cobre llena de agua hirviendo que humeaba sobre la estufa.

—¿Ya sale? —la apremió Teo.

No tenía tiempo para contestar. Se llevó el agua a la sala y la puerta se cerró con estrépito.

En // Noce reinaba el silencio.

Candida ya no gritaba. Hacía ya mucho rato que no se la oía. Seguramente, todo había terminado. Pero tampoco se escuchaba el llanto de un bebé. Teo se restregó las manos, trató de no pensar en lo que el médico le habría hecho a Candida en la sala. Deberían haberla llevado a parir al hospital. No tendrían que haberla ocultado en las montañas con su vergüenza y su dolor.

Esperó, abrumado por el miedo.

Por fin, se abrió la puerta de la sala. Salió el médico con su maletín negro. Su cara abotargada de bebedor reflejaba cansancio y tenía los ojos casi cerrados. Rosa Cipriani le siguió. Su cara parecía tallada en piedra y, en aquel momento, Teo sintió que el dolor le punzaba el corazón.

El doctor sacó dos hojas de papel de su maletín y se sentó a la mesa para escribir. Hechos los dos certificados, los pasó a Rosa, que no los tocó ni los miró.

—La comadrona lo limpiará todo —dijo el médico—. Sabe lo que tiene que hacer —enroscó el capuchón de la pluma y la miró—. ¿Comprende?

Rosa apenas asintió.

—Entonces llame al cura.

Sin una palabra más, cerró el maletín y salió de la casa.

Rosa Cipriani permaneció inmóvil durante un buen rato. Teo quiso decir algo a su madre, pero no tenía voz.

Finalmente, la mujer cogió su viejo chal del perchero que estaba junto a la puerta y salió a la oscuridad. Parecía una sonámbula.

Teo tardó mucho rato en levantarse de la silla. Una bala le había destrozado el fémur izquierdo en 1941. Ahora, el hueso roto estaba atacado de tuberculosis. Dentro de poco tiempo no podría desplazarse sin una silla de ruedas. Con esfuerzo se arrimó a la mesa y leyó los dos papeles. Eran certificados de defunción: uno, para Candida Cipriani; el otro, para su hija nacida muerta, Catarina Eleonora.

Letonia

—Soy norteamericano.

Lo había repetido tantas veces que las palabras perdían significado. Incluso para él. Las había gritado, las había susurrado, las había pronunciado en el tono de un hombre sereno, las había escupido entre alaridos como un animal.

Las había dicho en todos los idiomas que conocía y en muchos que desconocía: inglés, italiano, alemán, francés, ruso, letón, yiddish, polaco. Pero nadie escuchaba. Eran tantos los que gritaban al unísono y en múltiples idiomas, que sus palabras se habían perdido. Y aunque los guardias vestían uniforme ruso, sus caras eran mongoloides y sólo Dios sabía qué idioma hablaban.

Forcejeaba para apartar los cuerpos desesperados que le cerraban el camino y con sus manos los empujaba y tiro-neaba. —Soy norteamericano.

De todos modos, las palabras se perdían, arrastradas por el viento gélido de las estepas. Las palabras tenían poca importancia en aquel mundo. Había pasado por muchos campos de personas desplazadas administrados por el Ejército Rojo. Todos eran idénticos: un caos fangoso cercado por un alambre de púas, una masa informe de cuerpos flacos envueltos en harapos grises, cifras humanas llenas de piojos, todas iguales. Más allá del alambre de espino se extendía el paisaje devastado por los nazis en su retirada.

Aquel mundo de los refugiados era un abismo. Un lugar asolado y desolado por el que pululaban los expatriados, los exiliados, los huérfanos, los fugitivos. Eran millones de vidas destrozadas por la guerra, arrastradas como paja por los torbellinos que habían barrido Europa durante seis años.

Era un mundo de degradación y de hambre, donde la brutalidad suplantaba el orden y la indiferencia humana, la piedad. Pero el terror no se agotaba ahí. Quedaba el terror supremo: salir de los campos para ser enviado a Lituania, Letonia, Estonia, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Rumania. Ser enviado a los territorios que Stalin había arrebatado a Hitler. Que lo encerraran para siempre detrás del Telón de Acero que ya descendía sobre media Europa. Aquel destino era todavía peor que el de los campos de refugiados. Era la aniquilación total.

Aquéel sería su destino, si perdía la oportunidad. Lo sabía. Todos lo sabían.

—Soy norteamericano —vociferó al hundirse en la masa de cuerpos que se retorcían.

Un codo se hundió en sus costillas, un par de manos le arañaron los ojos. Se abalanzó sobre el camión. Un puño se estrelló en su cara y le aplastó los labios contra los dientes. No hizo el menor intento de defenderse. Había aprendido

que no valía la pena. Ni siquiera se secó la sangre que le chorreaba de la boca. Sus ojos no se apartaban del oficial moscovita que vacilaba sobre el estribo del camión y en vano intentaba interponer la portezuela entre su pulcro uniforme y la manada de lobos semihumanos que le acosaba.

—Soy norteamericano —chilló otra vez al trepar sobre las espaldas de una pareja de ancianos, arrodillados bajo el peso de la turba—. ¡Norteamericano! ¡Norteamericano! —sintió que la espina del viejo se quebraba bajo sus botas y se lanzó hacia el oficial, con los brazos extendidos.

Sí, porque tenía algo más que palabras. Algo infinitamente más valioso.

Tenía documentos.

Papeles para demostrar que se llamaba Joseph, que era norteamericano, que su lugar no era aquel infierno.

Ya llegaba a la ventanilla del camión, los ojos febriles, los músculos de su cuerpo debilitado crispados por el esfuerzo sobrehumano. Su mano llegó a la portezuela; agarró el tirador con desesperación. Se irguió sobre los cuerpos que se retorcían, sus alaridos se elevaron por encima de las demás voces.

El oficial parecía asustado. Su cara fofa de civil, con un bigotito entre la nariz redonda y la boca bien alimentada, representaba la cordura, la salvación. Pero los lobos empezaban a atemorizarlo. Sus ojos se cruzaron con los de Joseph.

—Soy norteamericano —gritó.

El oficial apartó los ojos. En su cara regordeta apareció una mueca de disgusto y temor. Bruscamente se introdujo en la cabina del camión y trató de cerrar la portezuela.

Pero Joseph se agarraba al tirador como si su vida dependiera de eso. La pareja de viejos había caído aplastada bajo las pisadas y él, colgado del tirador como un Cristo crucificado a medias, alzó los documentos con una mano.

Se encendió el motor del camión en un estertor de vapores Diesel. Aumentó el pánico. Decenas de uñas lo ara-

ñaban, intentaban bajarle los brazos. Lanzó patadas al montón, mientras agitaba los papeles.

Entonces, un garrote le dio un par de hábiles golpes en los riñones. Habían llegado los guardias. Sólo un guardia era capaz de dar semejante golpe. El agudo dolor lo envolvió, le vació el aire de los pulmones. Ya no podía gritar. Se le nublaron los ojos. Pero su mano seguía agarrada al camión y con sus últimas fuerzas arrojó los documentos a través de la ventanilla.

Sabía que al arrojar aquellos papeles dejaba escapar la mayor parte de su existencia; no le quedaba más remedio, si quería demostrar su vaga identidad y salvarse del infierno. Los arrojó consciente de que era la última oportunidad de su vida.

El garrote volvió a golpearlo, esta vez en la nuca. Se acabó. Cayó al suelo y se arrastró por el fango: sabía que si no se apartaba con rapidez, las botas del ruso le quebrarían las costillas y sería el fin.

Se había jugado la vida. Se la había jugado y había perdido. No le quedaban sensaciones. Las había agotado.

—Esperen.

La voz rusa venía desde lo alto.

—Ese hombre. Tráiganlo.

Varias manos cogieron los brazos de Joseph y lo levantaron. Intentó enderezar la cabeza. Tenía la mirada vidriosa. —Usted. ¿Son sus documentos?

El oficial de Moscú había abierto la portezuela del camión; de pie sobre el estribo, tenía los papeles sucios en una mano. Bajó de un salto y se detuvo frente a Joseph. Bajo los golpes

de los guardias, la miserable masa gris de refugiados cruzaba otra vez el portón de alambre de púas.

—¿Son sus documentos? —repitió el oficial.

Joseph asintió. No tenía voz.

—¿Es soldado norteamericano?

Asintió otra vez. Una mueca de dolor y felicidad le crispaba la cara demacrada. El oficial había comprendido. ¡Había comprendido!

—¿Joseph Krasnowsky?

—¡Sí! —jadeó.

La cara redonda del oficial se acercó a la de Joseph. Sus ojos gordos lo miraban con suspicacia.

—Diga algo en inglés —ordenó.

—Soy norteamericano. *Oh say can you see... by the davn's early light...*

Un violento ataque de tos interrumpió la estrofa del himno nacional y le dobló el cuerpo. Los soldados lo enderezaron brutalmente. Con el paroxismo se le habían hinchado las venas de la cara y el cuello. La infección había empezado hacía varias semanas. Sabía que estaba al borde de la pulmonía. El oficial dio un paso atrás y se limpió los salivazos del capote con asco. Su mirada indecisa iba de los papeles sucios y arrugados a la cara enloquecida del hombre: era evidente que no sabía qué hacer.

Joseph no podía hablar debido a la tos. Tenía tantas cosas que decir... Pero la voz le fallaba, aunque su vida estaba en la cuerda floja.

El oficial tomó una decisión. Devolvió los documentos a Joseph.

—Está bien —dijo a los soldados—. Que suba al camión con los demás.

Subió con torpeza a la cabina. Era un civil gordo, incómodo con ropa militar y vida militar. Un ángel improbable.

Los soldados arrastraron a Joseph hasta la parte trasera del camión y golpearon impacientes la puerta. Se abrió.

—Uno más.

Varios brazos se extendieron para coger al hombre llamado Joseph Krasnowsky. Lloraba. No era un llanto mudo. Sollozos y jadeos desesperados, de alivio y sufrimiento. Cogió los papeles con las dos manos mientras los brazos lo introducían en el camión.